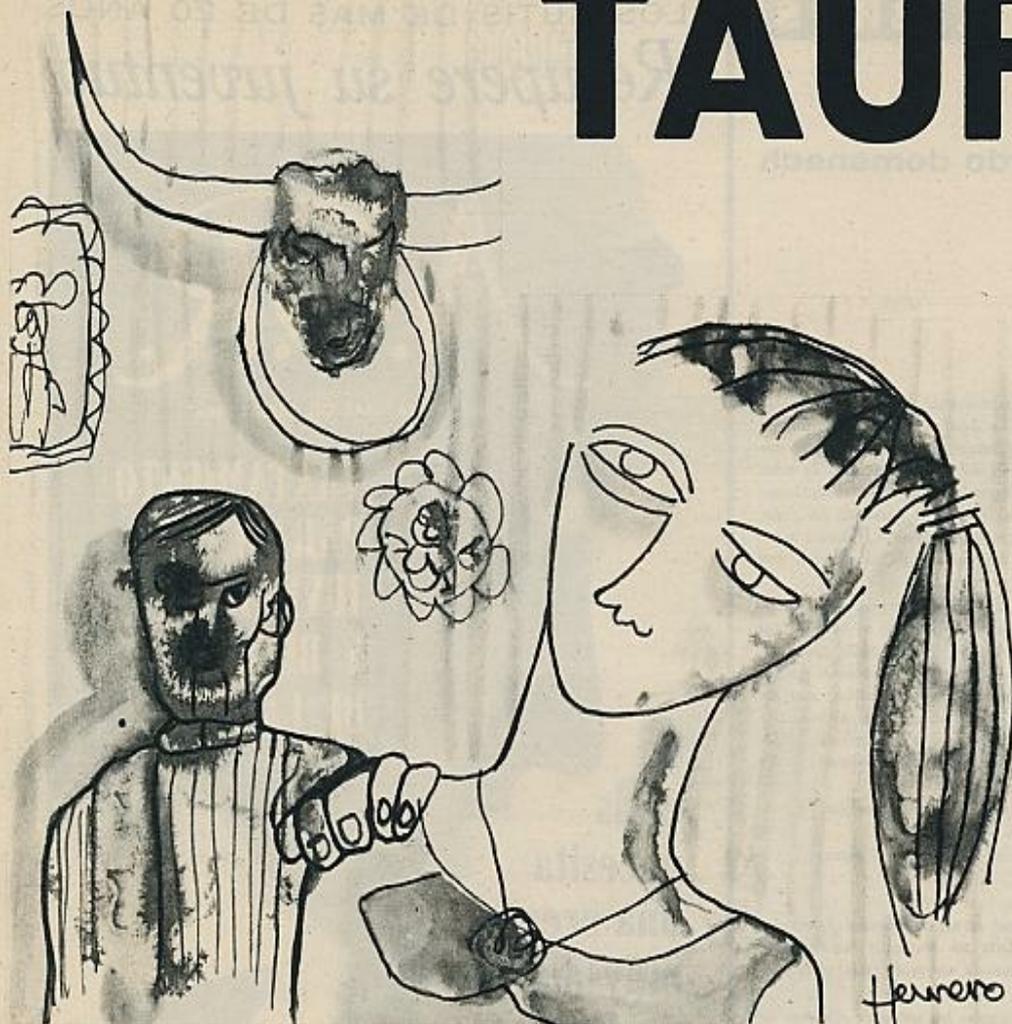


TAUROM



JUANITO Reyes entró teniéndose muy tieso. Caminaba con la elegancia y la dignidad propias de su raza y de su profesión. Aunque algo había en él que se rebelaba contra el hecho, era evidente que personificaba las características de un tipo de hombre que —aunque excepcional— el pueblo produce con regularidad sorprendente: el del joven torero en la plenitud de su carrera. A los veintidós años estaba unido de la gravedad sacerdotal y majestuosa de quien tiene por oficio verse con la muerte y combatirla solamente con su gracia.

Le esperaba una mujer extranjera, bella y cultivada. Juanito sabía que aquella aventura tenía una calidad superior a las que anteriormente habían ido llenando los escasos huecos de intimidad que tolera el éxito. Sufrió oscuramente de la superioridad de su amiga y aunque sabía que ella por necesidad le amaba —necesidad comprobada repetidamente a lo largo de su vida con cuantas mujeres le rozaron— no tenía plena seguridad de que aquel amor se refiriera a él. Tal vez Nora —que hablaba castellano aunque no perfectamente— amaba, a través de su persona más bien insignificante, una reali-

dad humana más profunda y más seria. Juanito estaba persuadido de que no era ficción suya el cargar con esa realidad. Su seriedad en medio de una juerga, su modo de rechazar una caña más de manzanilla, su manera grave de saludar levantando el sombrero eran cualquier cosa menos un «rol» aprendido. Nada de eso: Juanito era lo que la extranjera veía en él. Pero, quizá, lo que ocurría es que, de lo que él fuera, no podía tener clara conciencia. Sus palabras eran irremediablemente vulgares. Juanito podía decir «hoy estás muy guapa» o bien, llegando a sus últimas posibilidades de refinamiento, «eres una mujer distinguida». Pero estas manifestaciones de su amor hablado resbalaban sobre la inadvertencia de Nora, que, de ellas, no percibía sino el timbre de la voz, con sus dejes dialectales, o el concomitante gesto de las cejas que se apretaban, de un modo para ella delicioso, cuando Juanito afrontaba un toro o una mujer. Nora se sonreía con delicadeza y pasaba su mano por la cara de Juanito, como haciendo un «adorno» con el que distraer cierto peligro: que él se hiciera aún más consciente de la dificultad que el amor tiene para establecerse y durar, cuando una de las personas no es para la otra sino un objeto.

El «objeto de artes que era el torero (sería impropio llamar *artista* a seres de los que la esencia estética se resume en un cierto sobresalto muscular armonioso, en una cierta capacidad para transformar en elegancia los reflejos del miedo) para Nora, era realmente un objeto complejo. No admiraba ella en él —no amaba ella en él— solamente cualidades físicas —estáticas o cinéticas—, tono de epidermis, carencia de grasa superflua, timbre de voz o dureza de músculos; del brazo, sino también cualidades espirituales, coraje ante el peligro, decisión rápida, posibilidad continua de desprecio hacia la hembra. Por ello, aunque objeto, era percibido en la suma de sus cualidades humanas y en lo que estaba equivocado era en creer que Nora sólo veía en él un sustentáculo anónimo de gracias y virtudes colectivas: el hombre ibérico, meridional y altivo, dominador del hambre con la muerte, poseedor del «ebrio» que falta al ingeniero sueco, al deportista suizo, incluso al malacabeza británico que conduce autos de carrera. No; Juanito, y ésta era su suerte —que él apenas conocía—, había sido comprendido en su peculiaridad individual por Nora y era auténticamente amado, aunque el diálogo resultara casi imposible para ellos.

«¿Estás bien?, ¿no estás cansado», preguntó Nora con sonrisa complicada. «Estoy bien», dijo el torero. «¿No estás, quizá, conmigo contrariado? ¿Es que he cometido torpeza...?» «Te digo que estoy bien.»

A veces pasaba esto. Nora hacía demasiado evidentes sus precauciones. Juanito, que no había llevado a su casa sino la natural contracción de su instinto defensivo, se irritaba por esa necesidad de ella de amansarle, de aplacarle, de precaverse contra el inevitable ataque. «Nunca me cuentas nada de tí», insistió con la avaricia inagotable de la amante. «Quiero saber todo lo que es tuyo.» Juanito frunció el ceño y no contestó. Se sirvió un gran vaso de las botellas que ella tenía allí dispuestas, sin pedir permiso, como queriendo hacer palpable, con este gesto banal, la evidencia de una posesión total. «¿Te traigo hielo?» «No, deja.» Luego añadió más tierno: «No te molestes, ya voy yo». Pero se adelantó a traerle ella.

Juanito, satisfecho —a pesar de todo— de que Nora se hubiera molestado a lo largo del corredor, llegando hasta la nevera, abriendo el mueble con un chasquido que él pudo reconocer, extrayendo con cierta dificultad los cubitos de hielo, para lo cual hubo que colocar el incómodo artefacto helado bajo el grifo de la fregadera, dando pequeños golpecitos, haciendo caer algún fragmento al suelo, buscando en un armario el cubo de vidrio, volviendo luego con pasos presurosos hasta donde seguía él, tumbado en el diván con los pies por alto, aflojada la corbata, sonriendo a los recuerdos que ella había suscitado con sus exigencias y posibilitado luego con sus humildes servicios de rendida amorosa, pudo comenzar a recordar imaginando:

«La plaza de un pueblo, polvoriento. Los maletillas rotos. Las muletas sucias. El alcalde. Las ruedas de los carros. El novillo bravo. Los brutos gañanes insultando. Los gritos contra su hombría. El odio primigenio, desde el primer día ya, el odio del pueblo contra el igual que se separa, que se alza, que se hace sacerdote de algo que... Ellos, la religión en que comulgan, el odio que les une. La pareja de la Guardia Civil. Aquí estamos. Los muchachos del pueblo en manga de camisa. ¡Que eso también lo hago yo, macho! ¡Que así lo hago yo también, macho! El animal tan pequeño, que salta, tropezando. Una mujer blanca, con escote, sentada mirándole. Un tomate maduro que se aplasta sobre su

AQUIA

Por LUIS MARTIN-SANTOS

cara. La felicitación del párroco grueso, calvo, que tiene una aureola de sudor sobre la calva rosa. Ha estado usted muy bien. No le podemos pagar lo dicho, porque así no se torea. Tienes que hacerlo mejor, muchacho. Tal vez el año que viene. El pueblo está revolucionado. Toma. Bueno, para el vinje... Sal con la pareja, que los mozos han bebido mucho. Ya se sabe, hoy es su día. El año que viene te tendremos un toro así de grande. Como una catedral. El párroco que insiste. Que ha estado bien, que ha estado bien. Así no se torea. La salida del pueblo. Los guardias le van dando pescozones. Anda tú, que te pierdes. Al fin los mozos le están esperando. Los guardias se apartan para que le den bien los tomates. Bah. Eso no le quebrará un güeso. Bah. Así se aprende, muchacho. Anda, a correr, a correr. Corre con el hatillo y pierde la muleta. Los mozos se quedan allá atrás, con el trapo rojo, y se toorean los unos a los otros.

Nora le está mirando mientras imagina. «He tenido una vida dura», le dice. No puede decirlo mejor. Se esfuerza sin embargo: «Los comienzos son duros». Nora le acaricia: «Valiente... Mío, queridos».

De repente le agita una duda: «Oye: ¿a ti te gusta verme torear? ¿Tú qué sientes cuando yo toreo?». La mira fijamente, uniendo las cejas en ese gesto que ella ama, habiendo olvidado su temor-timidéz, obediendo al reflejo del coraje, frente a esta nueva posibilidad de adivinar cómo es el objeto de arte que ella está amando desde hace unos meses, justamente desde que él está torearando peor, justamente desde que a él le ha empezado a parecer que se asoma a lo más alto de la vida, a lo que él podría haber estado destinado si no hubiera nacido allá abajo, entre el polvo y las bostas de los toros. Le ha crecido una sospecha: «Tú, cuando yo toreo, tú, perra...». Se ha puesto pálido y ha tirado el vaso al suelo, sobre la alfombra blanca de pelo largo, que ella había buscado porque le gustaba acurrucarse cálidamente, durante el descanso invernal, al fuego de la chimenea, muy nórdicamente, ¡qué extraño! La pega; sí, la pega por primera vez; un golpe en la cara.

Nora se levanta y va hasta el espejo, para mirar su rostro. ¿Qué tiene que mirar esa mujer? ¿Qué le puede importar que se le hayan marcado en rojo los cuatro dedos o solamente tres, o sólo una mancha indistinta, como una alergia cualquiera, como la alergia del pastel de arándanos?

«Querido, no iré nunca ya a mirarte torear, si así quieres, queridos», dice Nora, mientras sigue contemplando su ros-

tro bellissimo, no roto a pesar del golpe, no mancillado por esa sombra roja que lo humaniza, sintiendo poco a poco su respiración más tranquila, sintiendo también que su amor por el hombre ha tomado una forma distinta, una profundidad nueva, quizá otro miedo. ¿Es que ella antes no sentía miedo? Sólo sentía el miedo de que él pudiera cansarse, de que él la dejara caer. Ahora es un miedo diferente, un miedo desde dentro del amor. «Yo procuraré comprenderte», añade Nora, e iba a decir como tú tienes que comprenderme a mí, pero se da cuenta a tiempo de que este añadido estaría totalmente fuera de lugar. «A mí me da lo mismo que vayas o que no vayas, estoy acostumbrado a que me mirens», dice Juanito. E imagina la cornada:

«Nora en contrabarrera. No se pone en barrera nunca. Está en contrabarrera. El toro es grande, bien armado. No le ha dedicado el toro. No le va a dedicar ya nunca el toro. No la va a mirar ya nunca, ninguna tarde en la arena. Va a mirar al sol. Ella va acompañada de un amigo nórdico, comprensivo, que bebe coca-cola mientras suda, tarde tras tarde. El toro ha llegado vivo al último tercio. Es sencillo. Es elegante. Es una cuestión de cálculo preciso. La inglé del torero se coloca justamente en el milímetro «x» allí donde el espacio virtual de las trayectorias coinciden. Justo en el momento de matar. Es lo armonioso. Allí donde se han hecho coger los grandes. En el sitio y en el instante justo. Dando una entera que basta. Recibiendo. Si la suerte ha sido perfectamente realizada, se consigue el efecto buscado: que la gran ovación del público, que el triunfo sonoro que se inicia quede cortado, en seco, por el grito de terror. Se logra así un vacío, un silencio total. En ese hueco, el torero herido puede apreciar, desde los hombros de las asistencias, que una bella extranjera cae hacia atrás en su asiento, con un gesto de desmayo idéntico al de la voluptuosidad».

«Quiero que vayas», dice Juanito Reyes, y se entrega al amor, la abraza con una energía nueva, con la seguridad de quien entra de cabeza en un mar conocido y no en un báltico azul y misterioso. Juanito es tan fuerte que, antes de que ella pregunte «¿Me quieres?», con la obstinación que caracteriza a los que la vida ha dado todo en abundancia sin exigir su esfuerzo, dice en la oreja nacarina «Te quiero, negra», lo que a ella siempre le emociona y la deja perpleja y le hace temer que él sea un humorista sutil, pues sabe que es tan rubia, tan lúgida, de tan largo cuerpo y de tan finos labios hábilmente tallados para el pensamiento.

